

Introducción a la semana

Nos introducimos en la semana en la que el tiempo de luz es más extenso. En ella está el solsticio de veranos. Dicho sea esto refreído al hemisferio Norte. En el Sur el invierno viene con más horas de oscuridad. El día más relevante de la semana es la fiesta del Nacimiento de san Juan Bautista. La fiesta, además de coincidir –más o menos– con el acontecimiento cósmico del solsticio, tiene otras referencias temporales, tres meses después de la Anunciación cuando el ángel dijo a María que “ya estaba de seis meses la que se creía estéril”, Isabel, y faltan otros tantos meses para celebrar el nacimiento de Jesús. Es semana en la que se respira en nuestro hemisferio un aire prevacacional, el calor nos inunda, se relaja la actividad laboral y se preparan las vacaciones. La liturgia sigue su ritmo y, excepto ese día, nos ofrece lecturas continuas. Las primeras lecturas están tomadas del segundo libro de los Reyes. Relatan los acontecimientos más tristes de los dos reinos, el de Israel y el de Judá. Ambos son invadidos, el del Norte por Senaquerib rey de Asiria y el de Judá por Nabucodonosor, rey de Caldea, y se producen las deportaciones de las personas más relevantes de ambos reinos judíos. Todo se debe, insiste el autor del texto a que esos reinos habían la espalda a su Dios y se habían vuelto hacia otros dioses. El sábado podremos leer las lamentaciones, del libro de ese nombre, que suelen ser atribuidas al profeta Jeremías. Nada más real ante esos acontecimientos que el Lamento.

Lun

21

Jun

2010

Evangelio del día

Duodécima semana del Tiempo Ordinario - Año Par

“La medida que uséis, la usarán con vosotros”

Primera lectura

Lectura del segundo libro de los Reyes 17, 5-8. 13-15a. 18

En aquellos días, avanzó Salmanasar, rey de Asiria, contra todo el país, comenzando por Samaría, a la que puso sitio durante tres años, hasta que, el año noveno de Oseas, el rey de Asiria la conquistó. Deportó a Israel a Asiria y lo estableció en Jalaj, en el Jabor, río de Gozán, así como en las ciudades de los medos.

Esto sucedió porque los hijos de Israel habían pecado contra el Señor, su Dios, que los había sacado de la tierra de Egipto, sustrayéndolos a la mano del faraón, rey de Egipto; porque dieron culto a otros dioses y siguieron las costumbres de aquellas naciones que el Señor había expulsado ante ellos. Pues el Señor había advertido a Israel y a Judá, por boca de todos los profetas y videntes:

«Convertíos de vuestros malos caminos y guardad mis mandamientos y decretos, conforme a la ley que prescribí a vuestros padres y que les transmití por mano de mis siervos los profetas».

Pero no hicieron caso, manteniendo dura la cerviz como habían hecho sus padres, que no confiaron en el Señor, su Dios. Despreciaron así sus leyes y la alianza que estableció con sus padres, tanto como las exigencias que les impuso.

Y se encolerizó el Señor sobremanera contra Israel, apartándolos de su presencia.

Solo quedó la tribu de Judá.

Salmo de hoy

Sal 59, 3. 4-5. 12-13 R/. Que tu mano salvadora, Señor, nos responda.

Oh Dios, nos rechazaste y rompiste nuestras filas
estabas airado, pero restáuranos. R/.

Has sacudido y agrietado el país:
repara sus grietas, que se desmorona.
Hiciste sufrir un desastre a tu pueblo,
dándole a beber un vino de vértigo. R/.

Oh, Dios, nos has rechazado
y no sales ya con nuestras tropas.
Auxílianos contra el enemigo,
que la ayuda del hombre es inútil.
Con Dios haremos proezas,
él pisoteará a nuestros enemigos. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 7, 1-5

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos:

«No juzguéis, para que no seáis juzgados. Porque seréis juzgados como juzguéis vosotros, y la medida que uséis, la usarán con vosotros.

¿Por qué te fijas en la mota que tiene tu hermano en el ojo y no reparas en la viga que llevas en el tuyo?

¿Cómo puedes decirle a tu hermano: “Déjame que te saque la mota del ojo”, teniendo una viga en el tuyo? Hipócrita: sácate primero la viga del ojo; entonces verás claro y podrás sacar la mota del ojo de tu hermano».

Reflexión del Evangelio de hoy

La idea que hoy se encuentra anudando las lecturas la encontramos en labios de Jesús en el evangelio que nos narra Mateo: la medida que uséis, la usarán con vosotros.

En la primera lectura del libro de los Reyes, el rey asirio Salmanasar arrasó Israel, conquistó Samaría y envió a los judíos a la famosa deportación de Asiria. La tradición judía leyó este acontecimiento como un castigo de Yavéh al pueblo por adorar a otros dioses y no escuchar a los profetas y videntes de Israel, los cuales advertían del pecado que se estaba cometiendo contra Yavéh. Así pues, la medida que usó Israel (infidelidad, olvido del Señor...) es la misma medida que Yavéh, ahora, usa con ellos (el cautiverio).

Esta idea se encuentra sazonando toda la Escritura. Hoy la encontramos en su versión más negativa o, mejor dicho, la encontramos cifrada en categorías más inteligibles para nosotros, los humanos. Pero también, la encontramos en la Escritura en otras versiones más positivas y más naturales para el ser humano y, en consecuencia, para Dios: Dios da la Vida plena; o también, quien guarda mi Palabra recibirá la vida eterna, es decir, la Felicidad.

El temor, el castigo, la amenaza... es quizás un recurso que ha usado el autor cuando no se ha entendido de forma natural (vía del Amor, de la Felicidad) el mensaje de Dios. En el lenguaje cotidiano tenemos expresiones muy parecidas: “Si no es por las buenas, será por las malas” Pero tengamos en cuenta que el camino de acceso a Dios no es por las malas, sino por las buenas. Este es el camino natural de Dios y también del hombre; el único problema es que a veces no entendemos y tiene, por tanto, que ser por las malas.



Fray José Rafael Reyes González
Convento de San Esteban (Jerusalén)

Mar

22

Jun

2010

Evangelio del día

Duodécima semana del Tiempo Ordinario - Año Par

“ A tus manos, Padre, encomiendo mi espíritu.”

Primera lectura

Lectura del segundo libro de los Reyes 19, 9b-11. 14-21. 31-35a. 36

En aquellos días, Senaquerib, rey de Asiria, envió mensajeros a Ezequías a decirle:

«Así hablaréis a Ezequías, rey de Judá: “Que tu Dios, en el que confías, no te engañe diciendo: ‘Jerusalén no será entregada en manos del rey de Asiria’. Tú mismo has oído cómo han tratado los reyes de Asiria a todos los países entregándolos al anatema, ¿y vas a librarte tú solo?».

Ezequías tomó la carta de manos de los mensajeros y la leyó. Subió al templo del Señor y abrió la carta ante el Señor. Y elevó esta plegaria ante él:

«Señor, Dios de Israel, entronizado sobre los querubines:

Tú solo eres el Dios para todos los reinos de la tierra.

Tú formaste los cielos y la tierra.

Inunda tu oído, Señor, y escucha!

¡Abre tus ojos, Señor, y mira!

Escucha las palabras de Senaquerib enviadas para insulto del Dios vivo.

Es verdad, Señor, los reyes asirios han exterminado las naciones, han arrojado sus dioses al fuego y los han destruido.

Pero no eran dioses, sino hechura de mano humana, de piedra, de madera.

Pero ahora, Señor, Dios nuestro, líbranos de sus manos

y sepan todos los reinos de la tierra

que solo tú eres Señor Dios».

Entonces Isaías, hijo de Amós, envió a Ezequías este mensaje:

«Así dice el Señor, Dios de Israel: “He escuchado tu plegaria acerca de Senaquerib, rey de Asiria”.

Esta es la palabra que el Señor pronuncia contra él:

“Te desprecia, se burla de ti la doncella, hija de Sion,

menea la cabeza a tu espalda la hija de Jerusalén.

Ha de brotar de Jerusalén un resto,

y supervivientes del monte Sion.
El celo del Señor del universo lo realizará.
Por eso, esto dice el Señor acerca del rey de Asiria:
‘No entrará en esta ciudad,
no disparará contra ella ni una flecha,
no avanzará contra ella con escudos,
ni levantará una rampa contra ella.
Regresará por el camino por donde vino
y no entrará en esta ciudad —palabra del Señor—.
Yo haré de escudo a esta ciudad para salvarla,
por mi honor y el de David, mi siervo’».
Aquella misma noche el ángel del Señor avanzó y golpeó en el campamento asirio a ciento ochenta y cinco mil hombres.
Senaquerib, rey de Asiria, levantó el campamento y regresó a Nínive, quedándose allí.

Salmo de hoy

Sal 47, 2-3a. 3b-4. 10-11 R/. Dios ha fundado su ciudad para siempre.

Grande es el Señor
y muy digno de alabanza
en la ciudad de nuestro Dios,
su monte santo, altura hermosa,
alegría de toda la tierra. R/.

El monte Sion, confín del cielo
ciudad del gran rey;
entre sus palacios,
Dios descuella como un alcázar. R/.

Oh, Dios, meditamos tu misericordia
en medio de tu templo:
como tu nombre, oh, Dios,
tu alabanza llega al confín de la tierra.
Tu diestra está llena de justicia. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 7, 6. 12-14

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos:
«No deis lo santo a los perros, ni les echéis vuestras perlas a los cerdos; no sea que las pisoteen con sus patas y después se revuelvan para destrozaros.
Así, pues, todo lo que deseáis que los demás hagan con vosotros, hacedlo vosotros con ellos; pues esta es la Ley y los Profetas.
Entrad por la puerta estrecha. Porque ancha es la puerta y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos entran por ellos.
¡Qué estrecha es la puerta y qué angosto el camino que lleva a la vida! Y pocos dan con ellos».

Reflexión del Evangelio de hoy

“A tus manos, Padre, encomiendo mi espíritu”.

La verdad es que nuestro corazón cristiano se encuentra más a gusto con Jesús y su evangelio que con el Antiguo Testamento, al que siempre hay que cristianizar. A nuestra sensibilidad cristiana le sorprende un poco la oración de Ezequías y su desenlace. La verdadera oración que hemos de dirigir al Padre tiene siempre dos momentos. En un primer momento le podemos pedir todo lo que aflora en nuestro corazón: “Padre, si es posible, pase de mi este cáliz”, “Señor, Dios nuestro, que nadie destruya Jerusalén”, “Padre que mi parroquia no se descristianice”, “Padre... Pero, a continuación, siempre hemos de decir: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu”.

A lo largo de la historia hemos visto que muchas de las suplicas que los creyentes le hemos dirigido a Dios no se han cumplido, porque Él ha respetado siempre la libertad de los hombres, con frecuencia equivocada. Pero siempre Dios ha cumplido lo de permanecer con nosotros, de tenernos en sus manos, incluso en los momentos de desolación, de destrucción, de muerte. Así hizo con Jesús, su Hijo amado, a quien acompañó en su pasión y le resucitó al tercer día, y así está dispuesto a hacerlo con nosotros, también sus hijos.

De las enseñanzas de Jesús en el evangelio de hoy, nos podemos fijar en la primera, la referida al cuidado de “lo santo”. Son palabras duras, en las que Jesús nos advierte del sumo respeto que debemos tener a “lo santo”, a todo lo relativo a él. Si vemos que el ambiente no es propicio para escuchar, para celebrar su buena noticia... mejor guardar silencio para que nadie la denigre, la pisotee. “No deis lo santo a los perros, ni les echéis vuestras perlas a los cerdos”.



Fray Manuel Santos Sánchez O.P.
Convento de Santo Domingo (Oviedo)

Mié

23

Jun

2010

Evangelio del día

Duodécima semana del Tiempo Ordinario - Año Par

“Por sus frutos les conoceréis ”

Primera lectura

Lectura del segundo libro de los Reyes 22, 8-13; 23, 1-3

En aquellos días, el sumo sacerdote, Jilquías, dijo al secretario Safán:

«He hallado en el templo del Señor un libro de la ley».

Jilquías entregó el libro a Safán, que lo leyó. El secretario Safán presentándose al rey, le informó:

«Tus servidores han fundido el dinero depositado en el templo y lo han entregado a los capataces encargados del templo del Señor».

El secretario Safán añadió también:

«El sumo sacerdote Jilquías me ha entregado un libro».

Y Safán lo leyó ante el rey.

Cuando el rey oyó las palabras del libro de la ley, rasgó sus vestiduras. Y dirigiéndose al sacerdote Jilquías, a Ajicán, hijo de Safán, a Acbor, hijo de Miqueas, al secretario Safán y a Asaías, ministro del rey, les ordenó:

«Id a consultar al Señor por mí, por el pueblo y por todo Judá, a propósito de las palabras de este libro que ha sido encontrado, porque debe de ser grande la ira del Señor encendida contra nosotros, ya que nuestros padres no obedecieron las palabras de este libro haciendo lo que está escrito para nosotros».

El rey convocó a todos los ancianos de Judá y de Jerusalén y se reunieron ante él.

Subió el rey al templo del Señor con todos los hombres de Judá y los habitantes de Jerusalén; los sacerdotes, profetas y todo el pueblo, desde el menor al mayor, y leyó a sus oídos todas las palabras del libro de la Alianza hallado en el templo del Señor.

Se situó el rey de pie junto a la columna y, en presencia del Señor, estableció la alianza, con el compromiso de caminar tras el Señor y guardar sus mandamientos, testimonios y preceptos, con todo el corazón y con toda el alma, y poner en vigor las palabras de la alianza escritas en el libro.

Todo el pueblo confirmó la alianza.

Salmo de hoy

Sal 118, 33. 34. 35. 36. 37. 40 R. Muéstrame, Señor, el camino de tus decretos.

Muéstrame, Señor, el camino de tus decretos,
y lo seguiré puntualmente. R/.

Enséñame a cumplir tu voluntad
y a guardarla de todo corazón. R/.

Guíame por la senda de tus mandatos,
porque ella es mi gozo. R/.

Inclina mi corazón a tus preceptos,
y no al interés. R/.

V/. Aparta mis ojos de las vanidades,
dame vida con tu palabra. R/.

V/. Mira cómo ansío tus mandatos:
dame vida con tu justicia. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 7, 15-20

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos:

«Cuidado con los profetas falsos; se acercan con piel de oveja, pero por dentro son lobos rapaces.

Por sus frutos los conoceréis. ¿Acaso se cosechan uvas de las zarzas o higos de los cardos? Así, todo árbol sano da frutos buenos; pero el árbol dañado da frutos malos. Un árbol sano no puede dar frutos malos, ni un árbol dañado dar frutos buenos. El árbol que no da fruto bueno se tala y se echa al fuego. Es decir, que por sus frutos los conoceréis».

Reflexión del Evangelio de hoy

Exactamente en el año 622, los obreros que trabajaban en el Templo, encontraron un libro, que resultó ser el Deuteronomio. Si había sido perdido o,

más verosíblemente, escondido allí, nunca se supo. Los obreros se lo entregan a Helcías, sumo sacerdote. Este se entrevista con Safán, secretario del rey, que, a su vez, hace entrega al rey Josías del libro encontrado en el Templo.

En el AT, Yahvé había advertido frecuentemente sobre el peligro de los falsos profetas. Jesús hoy en el Evangelio hace lo mismo. Y la Iglesia nos previene también con frecuencia sobre la necesidad del discernimiento de lo que se oye, se escribe, se dice y se hace.

De nuevo, la Alianza

El rey Josías hizo convocar a los ancianos, a los habitantes de Jerusalén, a los sacerdotes y profetas, y al pueblo para proponerles la Alianza con Yahvé a tenor del libro aparecido en el Templo.

Se trataba de que la especial relación de Yahvé con su pueblo, sellada en forma de Alianza, volviera a ser una realidad. El compromiso había sido –y seguía siendo- bilateral. Yahvé mantenía en su integridad la parte que a él le correspondía, Josías pedía al pueblo que cumpliera también la suya. Esto entrañaba una exigencia por parte del pueblo en cuanto al culto, al comportamiento y a la vida se refiere. Pero, prevalecía la promesa de Dios de protección, apoyo y defensa. Dios prometía ser su Dios y ellos, en justa correspondencia, pasaban a ser su pueblo.

Todo el pueblo, con las autoridades, sacerdotes y el mismo rey a la cabeza, suscriben y renuevan la Alianza, así entendida, con Dios.

“Por sus frutos –no por sus palabras e intenciones- los conoceréis”

Son importantes las formas en todas las facetas de la vida. Pero, a la hora de la verdad, ni formas, ni palabras, ni siquiera sólo las buenas intenciones, nos sirven para juzgar y conocer a una persona, aunque lleve el nombre de profeta. Las apariencias siempre pueden ser engañosas, lo mismo que las siglas y los nombres. Los frutos, las obras, lo que cada uno hace es lo que nos da a conocer a la persona.

Las fachadas, qué duda cabe, son importantes y hasta impactantes. Pues tampoco nos podemos dejar llevar por lo fascinante de su apariencia. Sus frutos no están garantizados. Como tampoco están excluidos, de entrada, de los árboles y personas aparentemente menos atractivos y sin la fachada de las primeras.



Fray Hermelindo Fernández Rodríguez
(1938-2018)

Jue
24
Jun
2010

Evangelio del día

Duodécima semana del Tiempo Ordinario
Hoy celebramos: Natividad de San Juan Bautista (24 de Junio)

“El mayor de los nacidos de mujer.”

Primera lectura

Lectura del libro de Isaías 49, 1-6

Escuchadme, islas; atended, pueblos lejanos:

El Señor me llamó desde el vientre materno, de las entrañas de mi madre, y pronunció mi nombre.

Hizo de mi boca una espada afilada, me escondió en la sombra de su mano; me hizo flecha bruñida, me guardó en su aljaba y me dijo: «Tú eres mi siervo, Israel, por medio de ti me glorificaré».

Y yo pensaba: «En vano me he cansado, en viento y en nada he gastado mis fuerzas».

En realidad el Señor, defendía mi causa, mi recompensa la custodiaba Dios.

Y ahora dice el Señor, el que me formó desde el vientre como siervo suyo, para que le devolviese a Jacob, para que le reuniera a Israel; he sido glorificado a los ojos de Dios.

Y mi Dios era mi fuerza:

«Es poco que seas mi siervo para restablecer las tribus de Jacob y traer de vuelta a los supervivientes de Israel.

Te hago luz de las naciones, para que mi salvación alcance hasta el confín de la tierra».

Salmo de hoy

Sal 138, 1-3. 13-14. 15 R/. Te doy gracias porque me has escogido portentosamente.

Señor, tú me sondeas y me conoces.

Me conoces cuando me siento o me levanto,

de lejos penetras mis pensamientos;

distingues mi camino y mi descanso,

todas mis sendas te son familiares. R.

Tú has creado mis entrañas,

me has tejido en el seno materno.
Te doy gracias porque me has plasmado portentosamente,
porque son admirables tus obras. R.

Mi alma lo reconoce agradecida,
no desconocías mis huesos.
Cuando, en lo oculto, me iba formando,
y entretejiendo en lo profundo de la tierra. R.

Segunda lectura

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles 13, 22-26

En aquellos días, dijo Pablo:

«Dios suscitó como rey a David, en favor del cual dio testimonio, diciendo: “Encontré a David, hijo de Jesé, hombre conforme a mi corazón, que cumplirá todos mis preceptos”.

Según lo prometido, Dios sacó de su descendencia un salvador para Israel: Jesús. Juan predicó a todo Israel un bautismo de conversión antes de que llegara Jesús; y, cuando Juan estaba para concluir el curso de su vida decía: “Yo no soy quien pensáis, pero, mirad, viene uno detrás de mí a quien no merezco desatarle las sandalias de los pies”.

Hermanos, hijos del linaje de Abrahán y todos vosotros los que teméis a Dios: a vosotros se nos ha enviado esta palabra de salvación».

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 1, 57-66. 80

A Isabel se le cumplió el tiempo del parto y dio a luz un hijo. Se enteraron sus vecinos y parientes de que el Señor le había hecho una gran misericordia, y se alegraban con ella.

A los ocho días vinieron a circuncidar al niño, y querían llamarlo Zacarías, como su padre; pero la madre intervino diciendo:

«¡ No! Se va a llamar Juan».

Y le dijeron:

«Ninguno de tus parientes se llama así».

Entonces preguntaban por señas al padre cómo quería que se llamase. Él pidió una tablilla y escribió: «Juan es su nombre» Y todos se quedaron maravillados.

Inmediatamente se le soltó la boca y la lengua, y empezó a hablar bendiciendo a Dios.

Los vecinos quedaron sobrecogidos, y se comentaban todos estos hechos por toda la montaña de Judea. Y todos los que los oían reflexionaban diciendo:

«Pues ¿qué será este niño?».

Porque la mano del Señor estaba con él.

El niño crecía y se fortalecía en el espíritu, y vivía en lugares desiertos hasta los días de su manifestación a Israel.

Reflexión del Evangelio de hoy

“El mayor de los nacidos de mujer”(Mt 11,11)

Estas palabras dichas por el mismo Cristo, nos hablan de la grandeza de Juan el Bautista.

Hoy celebramos su nacimiento, según el Evangelio, con la visita de Cristo, en el seno de María, Juan, fue santificado. La Iglesia celebra la muerte de los santos, y sólo tres natividades: De Jesús, de María y de Juan.

Toda la liturgia de hoy, tanto de la celebración de la vigilia, como la del día hace referencia a él

En el prefacio de la misa leemos: “Al celebrar la gloria de Juan Bautista, precursor de tu Hijo y el mayor de los nacidos de mujer, proclamamos tu grandeza...porque él saltó de alegría en el vientre de su madre al llegar el Salvador de los hombres, y su nacimiento, fue motivo de gozo para muchos..El fue escogido para mostrar a las gentes el “Cordero que quita el pecado del mundo.”

En las lecturas del AT, tanto Jeremías como Isaías, hablan de su llamada, la Iglesia las aplica también a Juan: Antes de formarte en el seno materno yo te escogí para ser mi profeta; el salmo del día (70) canta la misma grandeza, los Hechos de los apóstoles , nos hablan de él, de su humildad : Que confiesa: Yo no soy quien pensáis, viene Detrás de mi uno a quien no soy digno de desatar sus sandalias. El Evangelio pone énfasis en el nombre: Juan que significa Yahveh es favorable.

Su padre, Zacarías, entona un cántico de acción de gracias al Señor Dios de Israel, porque ha visitado y redimido a su pueblo...como lo había prometido a nuestros padres...y tu niño, serás profeta del Altísimo pues irás delante del Señor para preparar sus caminos.

Juan, vivió como profeta, proclamando la Buena Noticia, anunció y señaló directamente a Cristo y denunció la injusticia, por eso murió como mueren los profetas, por dar testimonio de la luz, como dice el evangelio: Vino para dar testimonio de la luz, no era el la luz, sino testigo de la luz (Jn 1,7ss.) y este testimonio le costó la vida, fue “mártir de la verdad”.

En estos tiempos en que la verdad y la fe están tan denostadas, aprendamos de Juan a ser testigos de la Verdad., testigos de Cristo, hasta dar la vida.



Hna. María Pilar Garrúes El Cid
Misionera Dominica del Rosario

Natividad de San Juan Bautista

Anunciación a Zacarías

Juan nace de un matrimonio anciano, que sin duda había anhelado siempre el don imposible de un hijo. Ésa es su familia. La esposa, descendiente de Aarón, se llama Isabel y se dedica a sus labores del hogar. Isabel es estéril, como tantas mujeres que habían dado vida a los grandes héroes de Israel. Su esterilidad subraya, como antaño, la presencia poderosa de Dios que cambia el rumbo de la historia cuando quiere. Así que Isabel vive la alegría de una maternidad inesperada. Y el nacimiento de un niño que es causa de sorpresa para todos. [...]

El nacimiento del niño está rodeado por un halo de misterio. Su padre está un día en el templo, ejerciendo el servicio sacerdotal, tal como le correspondía por turno a su grupo. Entra en el santuario a ofrecer el incienso y se encuentra con el ángel del Señor. Entra a cumplir el rito y se encuentra con el mismísimo Dios de las promesas. El temor y el gozo se suceden en el breve diálogo inicial. El ángel del Señor anuncia el nacimiento de un hijo, al que el sacerdote habrá de poner el nombre de Juan.

El sorprendido sacerdote no puede creer lo que oye. Su edad y la de su esposa son un inconveniente aparentemente insuperable. El ángel le anuncia una mudez que es al mismo tiempo un signo de la veracidad de sus palabras, un castigo transitorio por la increencia de Zacarías y, sobre todo, una señal de que la promesa se habrá de cumplir a su tiempo (Lc. 1, 19-20). Y la promesa se cumple, en efecto. Pocos días después, los esposos se dan cuenta de que Isabel espera un hijo. Es más, esa nueva vida es también la señal para su pariente María, que en la distancia, recibe seis meses después el mensaje de su propia sorprendente maternidad.

María se pone en camino para visitar a su pariente Isabel. Recorre las montañas de Judea haciendo suyos los caminos por los que en otro tiempo había pasado el arca de la alianza del Señor. Al encuentro de aquellas dos madres, el hijo de Isabel salta de gozo en el seno de Isabel (Le 1, 44). Sin duda, el evangelista ha querido preanunciar la que ha de ser su misión. Él habrá de reconocer la presencia del Mesías que llega a su pueblo, trayendo la salvación, la paz y la alegría para todos.

El nacimiento del Profeta

Se cumplieron los tiempos y nació el niño anunciado por el ángel. El Evangelio subraya explícitamente que su nacimiento llena de alegría a sus padres y del temor de Dios a sus vecinos. Son las dos reacciones típicas ante la presencia del misterio en la vida de los hombres: el temblor y la fascinación.

Con motivo de la ceremonia de la circuncisión solía imponerse el nombre al recién nacido. En esta ocasión, surge una breve disputa sobre el nombre que se ha de imponer al niño. Las gentes pretenden que se llame Zacarías, como su padre. Pero éste parece haber tenido tiempo y silencio suficientes para meditar sobre los proyectos de Dios. Zacarías escribe en una tablilla: Juan es su nombre.¹ Y en ese momento se desata su lengua dormida. [...]

La lengua de Zacarías no se desata para explicar su mudez, ni para manifestar su alegría y la fortuna alcanzada por su casa, sino para proclamar las maravillas de Dios. Para ello proclama una «berakhá», una de aquellas bendiciones a Dios que caracterizaban la oración de Israel. Y lleno del Espíritu Santo profetiza: «Bendito sea el Señor, Dios de Israel, porque ha visitado y redimido a su pueblo. Nos ha suscitado una fuerza salvadora en la familia de David su siervo. Y tú, niño, serás llamado profeta del Altísimo, porque irás delante del Señor para preparar sus caminos, para anunciar a su pueblo la salvación, por medio del perdón de los pecados» (Lc 1, 68-69.76-77).

Juan irá delante del Señor. La contraposición evoca una cuestión importante que nos remite a unos años posteriores. El evangelista conoce sin duda la existencia de un grupo de discípulos de Juan, que encontramos varias veces en los escritos del Nuevo Testamento (Hch 18, 24-19, 7). En algún momento ha debido de subsistir entre las primeras comunidades cristianas la duda sobre la legitimidad de las pretensiones mesiánicas de un maestro o el otro, de un profeta o el otro. El evangelista Lucas, ya desde este momento inicial, quiere dejar bien claras las diferencias. Juan no es el Mesías: es su precursor y mensajero. Nada más y nada menos. Así lo proclama su padre el día de la circuncisión.

De su infancia no se nos ofrece más que una pincelada más bien estereotipada, que, a la vez, resume los años de su crecimiento y nos asoma a la misión que habría de asumir: «El niño iba creciendo y se fortalecía en su interior. Y vivió en el desierto hasta el día de su manifestación a Israel» (Lc 1, 80).

La Predicación en el desierto

El desierto no sería sólo su escenario. Era el ambiente de su vida y el signo mismo de su misión. Allí había aparecido de pronto nadie sabía cómo ni de dónde. Se alimentaba de saltamontes y miel silvestre. Eso decían las gentes. Y ese detalle ha sido transmitido por los textos evangélicos. Era una forma de aludir al género de vida que había elegido. [...]

Juan era un hombre piadoso, coherente y sincero. Y muchos acudieron a él. Tanto los Evangelios como Flavio Josefo subrayan que era visto con respeto por los judíos. Muchos estaban insatisfechos de la situación social, política y religiosa de su pueblo y aguardaban la manifestación de Dios y de su Mesías. Esperaban una liberación de la que sólo Dios podía tener la iniciativa.

La liberación no consistía ahora en escapar del lugar de la esclavitud. Significaba, más bien, abandonar un estilo de vida. Era una «conversión», Un cambio de actitudes: dar los frutos que pedía la conversión, la «teshuvá», o retorno a Dios, que habían predicado siempre los profetas. Y eso es lo que pedía Juan.

La conversión venía motivada por la escucha de la palabra del profeta, se celebraba con el rito que la significaba y se manifestaba en el cambio de vida que la ratificaba. El rito, es decir, el bautismo en el Jordán, significaba que Dios estaba dispuesto a elegir un pueblo nuevo precisamente allí donde el pueblo de Israel había entrado en la tierra prometida. Y el cambio de vida era la exigencia lógica de aquella elección divina. Por tres veces se nos repite la pregunta típica de la conversión, puesta en labios de los oyentes de Juan: «¿Qué tenemos que hacer?» (Lc 3, 10.12.14). Una pregunta que, más tarde, dirigirán a Jesús un maestro ciego (Le 10, 25) y un hombre importante (Le 18, 18), que parece identificarse con el joven rico. Una

pregunta que se repetirá tres veces en los Hechos de los Apóstoles, obteniendo una respuesta en la que siempre se incluye el bautismo (Hch 2, 37; 16, 30; 22, 10). [...]

En el discurso de Juan se anticipan las exigencias de Jesús Y la respuesta de algunos seguidores paradigmáticos, como Zaqueo, que entregarán la mitad de sus bienes a los pobres (Le 19, 8). El discurso de Juan no trataba de cambiar el sistema. Al menos a corto plazo. Pero trataba de cambiar las conciencias. Seguramente este cambio habría de desembocar en el otro.

Juán y Jesús

Así pues, Juan no era el Mesías. Era su precursor y su siervo. Los rabinos decían que un discípulo ha de hacer por su maestro todo lo que un esclavo hace por su dueño, excepto quitarle el calzado. Sería rebajarse demasiado, Pero Juan ni siquiera se considera digno de desatar las sandalias del que viene detrás de él (Jn 1, 19-27). Él anuncia al que ha de venir. Al que no bautiza con agua, sino con viento: es decir, con el Espíritu. El que ha de venir trae en su mano el horcón para aventar en la era las mieses ya trilladas. Él ha de separar la paja del grano. Él realizará el juicio sobre lo aceptable y lo desechable. Él será el Señor y el Juez. [...]

Un día llegó Jesús hasta la ribera del Jordán, parecía uno más entre la multitud. Es como si tratase de pasar inadvertido entre la multitud. Pero Juan, el predicador exaltado y peligroso que denunciaba la corrupción, lo vio llegar a las orillas del río. Lo reconoció entre las gentes del pueblo que olían a ajo, como decían los fariseos. Y lo señaló a gritos para que todos se enteraran de que ya nada podría seguir siendo igual: «Éste es el cordero de Dios, que quita el pecado del mundo.. (In 1, 29).

Aquella bajada al Jordán era todo un signo. Jesús se acercó al Jordán como se había acercado Josué, es decir, como el guía que conduce a su pueblo al país de la libertad. Jesús bajó al Jordán, como había bajado Elías, el defensor de la unicidad y el señorío de Dios en una época de crisis religiosa y de apostasía global. Jesús caminó hasta el Jordán, como había hecho Eliseo, al recibir el espíritu profético, para proclamar la verdad y practicar la misericordia. Jesús se sumergió en el Jordán, como se había sumergido Naamán, el leproso, para hacerse solidario de todos los dolores de la humanidad.

Juan lo reconoció como el «cordero de Dios» (Jn 1, 29). Era aquella una expresión que resultaba rica de contenido y de evocación. Jesús recordaba la aventura de un pueblo nómada y pastoril que había guiado sus corderos por las cañadas del desierto. Jesús evocaba el cordero de la Pascua, signo de la piedad de su pueblo y del sacrificio que sellaba la alianza con su Dios. Él era la imagen más nítida de la liberación y de la fiesta. Jesús era sin duda el cordero llevado al matadero, como repetía el cuarto «Cántico del Siervo de Yahvé. Él era el que se ofrecía por la salvación de los suyos y aun de todo el mundo.

Pero Juan dijo todavía algo más. Aquel hombre, cordero y servidor, venía a quitar el pecado del mundo. Ése era el sueño y el ideal de todos los grandes profetas de antaño. El reino de Dios habría de ser un reino de santidad.

Un momento antes del bautismo de Jesús, el Evangelio de San Mateo transcribe un breve diálogo entre los dos. Juan parece resistirse: él es quien debía de ser bautizado por Jesús. Pero éste le dice, con una frase un tanto misteriosa, que ambos han de cumplir «toda justicia» (cf. Mt 3, 13-15). Tanto Juan como Jesús hacen suya la voluntad de Dios. Por ellos pasa la historia de la salvación.

El mártir

Juan era tan sólo una voz. Pero una voz que inquietaba y despertaba a los espíritus dormidos. Una voz profética que anunciaba y denunciaba.

Un profeta como Juan no podía morir en una tranquila ancianidad. Pronto habría de ser encarcelado por orden de Herodes. Pero ese episodio martirial lo celebramos en otro día de fiesta, que la Iglesia ha señalado para el 29 de agosto.

José Román Flecha Andrés

Vie

25

Jun

2010

Evangelio del día

Duodécima semana del Tiempo Ordinario - Año Par

“Señor, si quieres, puedes limpiarme.”

Primera lectura

Lectura del segundo libro de los Reyes 25, 1-12

El año noveno del reinado de Sedecías, el mes décimo, el diez del mes, vino Nabucodonosor, rey de Babilonia, con todo su ejército contra Jerusalén. Acampó contra ella y la cercaron con una empalizada. Y la ciudad estuvo sitiada hasta el año once del reinado de Sedecías.

El mes cuarto, el día noveno del mes, cuando arreció el hambre dentro de la ciudad y no había pan para la gente del pueblo, abrieron una brecha en la ciudad; todos los hombres de guerra huyeron durante la noche por el camino de la puerta, entre las dos murallas que están sobre el parque del rey, mientras los caldeos estaban apostados alrededor de la ciudad; y se fueron por el camino de la Arabia.

Las tropas caldeas persiguieron al rey, dándole alcance en los llanos de Jericó. Entonces todo el ejército se dispersó abandonándolo. Capturaron al rey Sedecías y se lo subieron a Riblá, adonde estaba el rey de Babilonia, y que lo sometió a juicio. Sus hijos fueron degollados a su vista, y a Sedecías le sacó los ojos. Luego lo encadenaron con doble cadena de bronce y lo condujeron a Babilonia. En el quinto mes, el día séptimo del mes, el año diecinueve de Nabucodonosor, rey de Babilonia, Nabusardán, jefe de la guardia, servidor del rey de Babilonia, vino a Jerusalén. E incendió el templo del Señor y el palacio real y la totalidad de las casas de Jerusalén. Todas las tropas caldeas que estaban con el jefe de la guardia demolieron las murallas que rodeaban a Jerusalén. En cuanto al resto del pueblo que quedaba en la ciudad, los desertores que se habían pasado al rey de Babilonia y al resto de la gente, los deportó Nabuzardán, jefe de la guardia. El jefe de la guardia dejó algunos de los pobres del país para viñadores y labradores.

Salmo de hoy

Sal 136, 1-2. 3. 4-5. 6 R/. Que se me pegue la lengua al paladar sí no me acuerdo de ti.

Junto a los canales de Babilonia
nos sentamos a llorar
con nostalgia de Sión;
en los sauces de sus orillas
colgábamos nuestras cítaras. R/.

Allí los que nos deportaron
nos invitaban a cantar;
nuestros opresores, a divertirlos:
«Cantadnos un cantar de Sión». R/.

¡Cómo cantar un cántico del Señor
en tierra extranjera!
Si me olvido de ti, Jerusalén,
que se me paralice la mano derecha. R/.

Que se me pegue la lengua al paladar
si no me acuerdo de ti,
si no pongo a Jerusalén
en la cumbre de mis alegrías. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 8, 1-4

Al bajar Jesús del monte, lo siguió mucha gente.
En esto, se le acercó un leproso, se arrodilló y le dijo:
«Señor, si quieres, puedes limpiarme». Extendió la mano y lo tocó, diciendo:
«Quiero, queda limpio».
Y en seguida quedó limpio de la lepra.
Jesús le dijo:
«No se lo digas a nadie, pero ve a presentarte al sacerdote y entrega la ofrenda que mandó Moisés, para que les sirva de testimonio».

Reflexión del Evangelio de hoy

"Judá, el hijo preferido, marchó al destierro".

La Palabra de Dios, se cumple siempre. Reinaba Sedecías en Jerusalén, cuando Nabucodonosor, rey de Babilonia, sitió la ciudad. El ejército caldeo apresó al rey, y después de incendiar el templo, el palacio real y las casas, se llevó cautivo al resto del pueblo.

Acojamos nosotros esta advertencia; examinemos nuestro proceder. Dios nos ha trazado un sendero de amor hasta el límite, porque nos ha dado su mismo Amor. Él está siempre a nuestro lado, descubramosle en las personas y cosas, en los acontecimientos favorables y adversos. Él está ahí, para llenar nuestro vacío, para iluminar nuestra senda, para hacernos hijos fieles a nuestros compromisos con Él, con la Iglesia, con los demás. Si desviamos el camino, seremos esclavos, juguete de nuestro pecado de infidelidad a un Padre que nos ama. Que en la cumbre de nuestra alegría, esté siempre nuestro Dios.

"Si quieres, puedes limpiarme".

El evangelio nos pone de modelo a un hombre de fe. Un enfermo que había llegado al monte para escuchar la doctrina de Jesucristo, el hombre poderoso en obras y en palabras ante Dios y ante el pueblo, como le califican los dos discípulos que se retiran a Emaús. Entre la multitud que le seguía, sale un leproso que se arrodilla ante el Maestro y le dice: "Señor, si quieres, puedes limpiarme". Y Jesús, extiende su mano, le toca y dice: "Quiero, queda limpio".

En este caso queda bien patente, que los milagros antes de apoyar la fe en Cristo, brotan de esa misma fe, previa en Él. Era la fe del enfermo, del necesitado, quien ponía en contacto la necesidad con aquella virtud que brotaba de la Persona, de las palabras, de los gestos de aquel profeta que era el mismo Hijo de Dios. Y esto, es tan verdad que en su pueblo de Nazaret, "no pudo" hacer ningún milagro porque no encontró fe en sus paisanos.

Él era el Mesías enviado por Dios, para llevar a cabo la liberación integral del hombre. Ahora nos corresponde a nosotros, miembros de su Iglesia, continuar la evangelización y liberación humana. Nuestros hermanos siguen esclavizados por la enfermedad, la pobreza, la opresión, etc. Sigamos, de alguna forma, el ejemplo de tantas personas empeñadas en liberar a los marginados de nuestra sociedad.



Monasterio Ntra. Sra. de la Piedad - MM. Dominicas
Palencia

Sáb

26
Jun

2010

Evangelio del día

Duodécima semana del Tiempo Ordinario - Año Par

“Grita al Señor, Sión Y los sanó”

Primera lectura

Lectura del libro de las Lamentaciones 2, 2. 10-14. 18-19

Ha destruido el Señor, sin piedad,
todas las moradas de Jacob;
ha destrozado, lleno de cólera,
las fortalezas de la hija de Judá;
echó por tierra y profanó
el reino y a sus príncipes.
Se sientan silenciosos en el suelo
los ancianos de la hija de Sion;
cubren de polvo su cabeza
y se ciñen con saco;
humillan hasta el suelo su cabeza
las doncellas de Jerusalén.
Se consumen en lágrimas mis ojos,
se conmueven mis entrañas;
muy profundo es mi dolor
por la ruina de la hija de mi pueblo;
los niños y lactantes desfallecen
por las plazas de la ciudad.
Preguntan a sus madres:
«¿Dónde hay pan y vino?»,
mientras agonizan, como los heridos,
por las plazas de la ciudad,
exhalando su último aliento
en el regazo de sus madres.
¿A quién te compararé,
a quién te igualaré, hija de Jerusalén?;
¿con quién te equipararé para consolarte,
doncella, hija de Sion?;
pues es grande como el mar tu desgracia:
¿quién te podrá curar?
Tus profetas te ofrecieron
visiones falsas y vanas;
no denunciaron tu culpa
para que cambiara tu suerte,
sino que te anunciaron
oráculos falsos y seductores.
Sus corazones claman al Señor.
Muralla de la hija de Sion,
¡derrama como un torrente
tus lágrimas día y noche;
no te des tregua,
no descanses tus ojos!
Levántate, grita en la noche,
al relevo de la guardia;
derrama como agua tu corazón

en presencia del Señor;
levanta tus manos hacia él
por la vida de tus niños,
que desfallecen de hambre
por las esquinas de las calles.

Salmo de hoy

Sal 73, 1b-2. 3-4. 5-7. 20-21 R/. No olvides sin remedio la vida de los pobres.

¿Por qué, oh, Dios, nos rechazas para siempre
y está ardiendo tu cólera contra las ovejas de tu rebaño?
Acuérdate de la comunidad que adquiriste desde antiguo,
de la tribu que rescataste para posesión tuya,
del monte Sion donde pusiste tu morada. R/.

Dirige tus pasos a estas ruinas sin remedio;
el enemigo ha arrasado del todo el santuario.
Rugían los agresores en medio de tu asamblea,
levantaron sus propios estandartes. R/.

Como quien se abre paso
entre la espesa arboleda,
todos juntos derribaron sus puertas,
las abatieron con hachas y mazas.
Prendieron fuego a tu santuario,
derribaron y profanaron
la morada de tu nombre. R/.

Piensa en tu alianza: que los rincones del país
están llenos de violencias.
Que el humilde no se marche defraudado,
que pobres y afligidos alaben tu nombre. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 8, 5-17

En aquel tiempo, al entrar Jesús en Cafarnaún, un centurión se le acercó rogándole:

«Señor, tengo en casa un criado que está en cama parálítico y sufre mucho».

Le contestó:

«Voy yo a curarlo».

Pero el centurión le replicó:

«Señor, no soy digno de que entres bajo mi techo. Basta que lo digas de palabra, y mi criado quedará sano. Porque yo también vivo bajo disciplina y tengo soldados a mis órdenes; y le digo a uno: "Ve", y va; al otro: "Ven", y viene; a mi criado: "Haz esto", y lo hace».

Al oírlo, Jesús quedó admirado y dijo a los que lo seguían:

«En verdad os digo que en Israel no he encontrado en nadie tanta fe. Os digo que vendrán muchos de oriente y occidente y se sentarán con Abrahán, Isaac y Jacob en el reino de los cielos; en cambio, a los hijos del reino los echarán fuera, a las tinieblas. Allí será el llanto y el rechinar de dientes».

Y dijo Jesús al centurión:

«Vete; que te suceda según has creído».

Y en aquel momento se puso bueno el criado.

Al llegar Jesús a la casa de Pedro, vio a su suegra en cama con fiebre; le tocó su mano y se le pasó la fiebre; se levantó y se puso a servirle.

Al anochecer, le llevaron muchos endemoniados; él, con su palabra, expulsó los espíritus y curó a todos los enfermos para que se cumpliera lo dicho por medio del profeta Isaías:

«Él tomó nuestras dolencias

y cargó con nuestras enfermedades».

Reflexión del Evangelio de hoy

Nuestro mundo sufre. Muchos seres humanos están viviendo una experiencia tremenda de dolor y desolación, de ausencia de futuro. Una experiencia bien similar al abandono que los habitantes de Jerusalén sentían ante su ciudad devastada. Sus rostros estaban vueltos hacia tierra.

Nos escuece el dolor de los inocentes, nos sangran las heridas del Pueblo, y es por eso, que la necesidad de estar a su lado y de ayudarles a gritar que necesitan una Palabra que sane y que les devuelva la fe y la alegría, es una absoluta prioridad. Jesús, hace su parte, trae la Buena Nueva, confía en la fe de los excluidos y excluidas de los "supuestamente" no elegidos. Entra en diálogo con los que no son afines. Él conoce el corazón de las personas valientes que, en acto de humildad, se atreven a CREER en la Esperanza de los pequeños signos: no soy digno/a...pero me basta una palabra tuya ... Jesús se encariña del alma de los seres humanos ultrajados, devastados, Jerusalemes vivientes, porque sabe que es desde ahí, desde esa miseria desde donde nace la fortaleza de la reconstrucción en tiempos de derrota.

Nos cuenta el evangelio que Jesús cura a la suegra de Pedro, y que su acción sanadora provoca gratitud y servicio. La figura de esta mujer en la comunidad es relevante, ella nos regala una clave: la presencia curativa de Jesús en nuestra vida se mide en parámetros de alegría y servicio. Así, ayudando a gritar al que sufre, confiando en los signos pequeños y abrazando la entrega, la Comunidad se convierte en manifestación de Dios

Padre-Madre que devuelve la fe y la alegría a esta, nuestra particular Jerusalén. ¡Animo!



Comunidad El Levantazo
Valencia

El día **27 de Junio de 2010** no hay comentario en "el Evangelio del día". Puede encontrar el comentario de la liturgia de este día en la página de [Homilías](#).